



Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

Director:

Mario V. Ponisio

Administrador:

Eduardo S. Azaretto

Secretario de Redacción:

Rómulo Bogliolo

Redactores:

Italo Luis Grassi - Mauricio E. Greffier - Luis Marforio

José H. Porto - Jacobo Waisman - Juan F. Etcheverry

Año VI

Febrero de 1918

Núm. 56

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

Los problemas agrarios después de la guerra

Si no estábamos preparados para la guerra, que la paz no nos sorprenda, también impreparados. Después de una conflagración tan terrible, la lucha económica se anuncia no menos áspera y encarnizada: nuevos mercados se han abierto, nuevas industrias han surgido, nos hemos visto obligados a importar mercaderías y provisiones que antes hallábamos en nuestro país; tuvimos que producir y fabricar cosas que, anteriormente, nos convenía comprar en el exterior; de modo que, mientras las nuevas corrientes de la importación tenderán a mantenerse, las jóvenes industrias nacionales querrán ser defendidas, para evitar su transformación si pretenden continuar viviendo. Problemas todos estos, vastos y complejos, cuya solución aún limitándose a la consideración de aquellos atingentes exclusivamente a la agricultura, impone largas y detenidas meditaciones.

Sin intentar resolverlos, consideremos los más importantes de estos problemas. Comencemos por los propietarios, quienes, frecuentemente se desinteresan de sus campos, conformándose con cobrar periódicamente a sus arrendatarios el importe de las locaciones, y que en nada se ocupan de sus tierras, del mejoramiento de éstas, de los progresos científicos, etc. A lo sumo, visitan, por deporte, sus posesiones, lo que no les impide, sin embargo, hablar superficialmente sobre temas agrícolas, para mostrar así que no se despreocupan de sus propios intereses; los más, ni esto hacen.

Necesario sería amar a la tierra; necesario sería aprender a amarla desde muchachos. Es por esto que se ha pensado

(1) Conferencia pronunciada en la "Société d'économie sociale" de Paris.

ahora — idea verdaderamente feliz — en colocar junto a las familias de agricultores, durante las vacaciones del estío, muchachos y niñas, los cuales no podrán sino salir beneficiados, físicamente, por algunos meses de vida al aire libre, aparte de que aprenderán muchas cosas que jamás habrían aprendido por los libros, y contribuirán al mismo tiempo a hacer menos grave la deficiencia en la mano de obra, deficiencia que, en Francia, después de la guerra, se sentirá angustiosamente. Esta solución del problema si es acertada, sería, por así decirlo, elegantísima: los adolescentes, distribuídos al lado de cada familia de campesinos, en grupos de dos o tres, gozarían de una *villeggiatura* no sólo gratuita, sino que remunerada; retornarían luego a sus hogares y a sus escuelas, con una buena provisión de salud, con algún dinero en los bolsillos, con algunas ideas más en la cabeza, tal vez con algún pequeño estudio o colección de fotografías, plantas, y, sobre todo, con un poco más de cariño en el corazón por la campaña.

Mayores serían tales resultados, si la enseñanza de las ciencias naturales en las escuelas, fuese coordinada a estos cursos prácticos del campo. Pero, para llegar a tanto, sería menester persuadir a nuestros dirigentes, de que, es mucho más útil para un joven, aprender prácticamente diez nociones, que esforzarse en encajar en la cabeza veinte fechas o aprender de memoria una serie de nombres de guerreros, de animales o de riachos; y que especialmente, es vano atibórrar los cerebros de teorías quizá erróneas, frecuentemente inciertas.

El campesino — ¡él sí! — ama a su tierra, a la que le dedica todos sus cuidados, pero, no siempre posee los conocimientos indispensables: existe todo una técnica que él ignora. Así como la guerra actual es una guerra de industria científica, en la que cada día se aplican innumerables invenciones, también en la lucha económica que seguirá, vencerán aquellos pueblos que sabrán poner en práctica el mayor número de aplicaciones científicas. ¡Cuántas veces sucede que, nuestros agricultores, a pesar de su buena voluntad, ignoran los nuevos perfeccionamientos técnicos que les permitirían obtener productos mejores, o más abundantes, o a mejor precio, o lo uno y lo otro, conjuntamente!; y, por lo contrario: ¡cuántos agrónomos no se encierran en los laboratorios, absorbidos completamente en sus experimentos científicos, sin interesarse en lo más mínimo por la práctica! Agricultores y agrónomos, parecen vivir, en Francia, en dos mundos diversos, e ignorarse los unos

a los otros. No sucede así, en algunos países, en Holanda y en Suecia y Noruega, por ejemplo. Allí estas dos clases de trabajadores viven, para el mayor bien de todos, en una íntima comunión de pensamiento y de acción.

El estado, interviene demasiado frecuentemente, y mal a este respecto. Existe hoy cierta tendencia a desarrollar más allá de lo justo, la ingerencia de los poderes públicos en todas las cuestiones económicas: el experimento hecho durante esta guerra debería bastar, sin embargo, para que condenemos el sistema y nos persuádamos de que, por el contrario, es necesario tratar de limitar en todo lo posible, la intervención de las autoridades en materia de producción en general, y de producción agrícola, en particular, en beneficio de la iniciativa privada. Aprendamos de nuestros amigos, los ingleses, entre quienes la iniciativa es libre, con grande ventaja para toda la vida económica. En Francia, es de augurar la descentralización de los grandes servicios públicos y el desarrollo del regionalismo. El regionalismo no es una simple teoría, es un hecho: tenemos climas diversos, suelos diversos, productos, necesidades, modos de vida distintos; no podemos dejar de poseer agrupaciones sociales diferentes ni intereses regionales colectivos. La existencia de las regiones no es una teoría, es un hecho natural, innegable; tan es así, que existen problemas cuya solución solo es dable alcanzar, aplicando criterios regionales.

Es necesario, además, cuidarse del peligro de organizar la región sobre el tipo de la administración provincial, con su burocracia y su mecanismo de leyes, oficinas y funcionarios. La región debería organizarse sobre bases bien diversas, como si se tratase de una asociación industrial, ágil, perfecta, práctica. Es necesario divulgar esta idea de la industrialización de los servicios públicos, sean regionales, sean nacionales: que mantenga el estado, si así lo quiere, los monopolios de los artículos de lujo, como los tabacos y los alcoholes; pero permítase a la libre concurrencia todo lo que sea de primera necesidad; limite el estado su actividad a lo que constituye su propio objetivo y no venga siempre a trabarnos con intromisiones inoportunas.

La reorganización de la agricultura debe comenzar desde los fundamentos mismos. ¿Se creará que existe cosa menos práctica que las así llamadas escuelas prácticas de agricultura? No hay duda de que estas escuelas tienen su lado bueno y sus

ventajas; pero, la enseñanza que en ellas se da, es esencialmente teórica. La granja modelo, al fin y al cabo, no es sino una institución teórica. ¿Puede parecer práctica una hacienda, en la que poco importa concluir el año con un activo o un pasivo, porque, en este segundo caso, el estado paga el déficit? No hagamos estudiar, pues, a nuestros jóvenes agricultores en granjas modelos, pero sí, en las mejores granjas particulares; enviemos al campo a los estudiantes de agricultura, por pequeños grupos, a hacer práctica por algunos años, en granjas diversas. Un año es diferente del otro — más húmedo o más seco, más lluvioso o más frío — y cada granja tiene una fisonomía propia y necesidades y posibilidades particulares. Y, en lugar de un examen, como prueba de lo que el joven ha aprendido, en lugar de este examen que nada prueba, que es aleatorio, que es, por su naturaleza, teórico, sometamos al candidato a un verdadero experimento práctico, démosle una granja para que la dirija y veamos como se arregla para salvar los obstáculos y vencer las dificultades.

Si queremos que nuestros mercados se rijan y desarrollen en medio de la áspera lucha de concurrencia que nos amenaza, debemos organizar los cambios. Es menester regular el problema de las adquisiciones, de modo que el agricultor — y sobre todo el pequeño agricultor — pueda comprar aquellos abonos, aquellos animales, aquellas máquinas, aquellas semillas que precisa, y no aquellas que encuentra, aquellas que le cuestan menos en lugar de aquellas que el intermediario interesado le ofrece. Y la solución del problema está en la asociación cooperativa, en el sindicato agrícola, que coloca al alcance del pequeño agricultor, todas las ventajas que son el privilegio de las grandes haciendas. Cuanto mayor sea el número de miembros y más potente sea la asociación, tanto mayores serán los beneficios. Debemos, por lo tanto, augurarnos de ver reunidos a todos los agricultores en una sola federación nacional. Tan solo a una institución semejante le sería posible el estudio y la solución del problema de las máquinas y el fomento e impulso de la *motocultura*; le sería fácil promover investigaciones y estudios de hombres de ciencia, experimentos de inventores, etc. La colaboración entre hombres de ciencia, inventores y agricultores, sería sumamente fácil, con inmensas ventajas para cada uno y para el país entero. Es inoportuno que me extienda en mayores particulares sobre la utilidad de la asociación para el desarrollo agrícola de un país: las oficinas de información,

de colocación; la adquisición de materias primas al por mayor, el transporte en grandes cantidades, la vigilancia de los mercados para evitar desastrosas abundancias y aún más, desastrosas carestías, la supresión de aquellos intermediarios que merman las ganancias del productor, aumentan los gastos del consumidor y, al mismo tiempo, este sucesivo pase de mano en mano, hacen más fáciles y frecuentes las falsificaciones.

Solamente la gran asociación puede buscar salidas y mercados lejanos para nuestros productos; estudiar los gustos, las preferencias del consumidor y conformar a éstos la producción, y puede organizar un gran comercio regular, continuo, normal.

La libre concurrencia y la gran asociación son los dos principios sobre los cuales debe desarrollarse nuestra agricultura en el mañana inminente.

DR. ING. EUGENE COQUIDE.

(De *Conferenze e prolusioni*).

(Traducción de I. L. G.)